

Susana
Martín Gijón
Especie



Es verano en Sevilla. La inspectora Camino Vargas sigue de jefa de Homicidios. Paco Arenas, su mentor y amor secreto, está de baja y ella no tiene ganas de liderar a su equipo y menos aún de formar a la joven agente Evita Gallego. Cuando los cuerpos de un hombre desollado, de otro molido a palos y de otro inflado de comida hasta reventar aparecen abandonados en lugares emblemáticos de la ciudad, los indicios apuntan a un misterioso asesino en serie. Solo Gallego sabrá leer en los cadáveres el macabro mensaje y acompañar a Camino en una nueva bajada a los infiernos.

Índice de contenido

Primera parte

Domingo, 6 de octubre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Lunes, 7 de octubre

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Martes, 8 de octubre

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Segunda parte

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Miércoles, 9 de octubre

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Tercera parte

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Jueves, 10 de octubre

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Cuarta parte

Capítulo 91

Capítulo 92

Viernes, 11 de octubre

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Sábado, 12 de octubre

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Capítulo 114

Capítulo 115

Capítulo 116

Capítulo 117

Capítulo 118

Capítulo 119

Capítulo 120

Capítulo 121

Capítulo 122

Capítulo 123

Capítulo 124

Martes, 15 de octubre

Capítulo 125

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Si se observa con atención, el mundo es un lugar tan extraño que hemos de corregir nuestra mirada de modo constante.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Primera parte

El hombre se despierta. Al principio no ve nada, pero poco a poco distingue que desde alguna parte se cuele un hilo de luz. Tenue, casi imperceptible. Sus ojos tratan de escarbar en ella, de acomodarse a la débil penumbra de ese lugar. No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta ahí. Solo sabe que todo el cuerpo le duele terriblemente. Difícil discernir qué parte tiene más lastimada. Está de pie, pero tan débil que no sería capaz de sostenerse por sí mismo. La razón por la que no resbala y se deja caer es porque no puede. Está literalmente encajado entre cuatro paredes que le llegan a la altura del cuello. El cuello. Hay algo que le mortifica. Trata de mirar hacia abajo y un metal frío y cortante se le clava en la barbilla. Una cadena atenaza su cuello y le amarra a ese cajón minúsculo y oscuro al que ha sido confinado. En sus muñecas y tobillos, unos grilletes le aprisionan impidiendo cualquier tentativa de movimiento. Pero lo peor es la sed, que martiriza su garganta reseca como si le fuera a arrasar por dentro. Le entra el pánico, siente que se asfixia y la sangre le bombea en los oídos sin parar. Trata de controlar la respiración. Por el momento, no le queda más que dejarse llevar. Se acomoda como puede en la hedionda negrura del cajón y sigue respirando a voluntad. Bajo sus pies, un traqueteo adormecedor. Está siendo transportado. Tarde o temprano llegarán a alguna parte. Entonces quizá sepa qué es lo que le espera a continuación.

Domingo, 6 de octubre

1

Hace un calor del demonio.

Son las diez de la noche pero el termómetro no baja de los treinta y cinco grados. A pesar de los manguerazos del camarero, el asfalto sigue hirviendo y contribuye a mantener un ambiente tórrido y asfixiante. Camino lleva una camisa verde oliva y una falda blanca de lino que realza sus piernas bronceadas. La estira cuanto puede para evitar el contacto con la butaca de plástico que se le pega al culo. Se ha recogido el largo cabello rubio en una coleta y se ha puesto unos pendientes verdes a juego con la blusa. Hace menos de media hora que ha salido de casa recién duchada, pero ya ha roto a sudar de nuevo. Se mira bajo las axilas y comprueba disgustada que se le han formado los cerros oscuros que tanto detesta. Saca el abanico del bolso y trata de airearlos, pero se detiene con disimulo cuando divisa a Paco en la distancia. A él no parece pasarle factura el calor. Va lidiando con sus dos muletas con destreza. Lleva una camisa floreada al más puro estilo hawaiano y un pantalón corto con bolsillos a los lados. No está acostumbrada a un estilo tan informal, aunque reconoce que le sienta bien. Como siempre que le ve, se le hace un nudo en el estómago y se vuelve terriblemente torpe. Para aparentar normalidad, agarra el botellín y lo vacía de un trago. Después juega con él, pasándoselo de una mano a la otra mientras Paco acaba de llegar.

Tras salir del coma, los doctores fueron muy cautos sobre la posibilidad de una recuperación total. Uno incluso llegó a decir que no volvería a andar; se equivocaba. Al inspector Arenas no le gana nadie a testarudo y él estaba decidido a reponerse. Así que eso es justo lo que está haciendo. Ella sonrío al ver cómo se esfuerza en los últimos pasos.

Ahora se da cuenta de que él también está sudando a mares, pero no aparenta importarle lo más mínimo. Le parece increíble el cambio operado en solo un par de meses.

—Estás más gordo —le suelta por todo saludo cuando alcanza la terraza del bar.

—Falta me hacía —Paco sonrío. Eso en boca de Camino es un halago. Ni sabe ni quiere hacerlo mejor—. El hospital me dejó en los huesos, parecía un puto esqueleto.

—Tampoco es que hayas sido nunca un luchador de sumo.

—Pues tú en cambio estás muy bien.

Camino se sonroja. Según los cánones de belleza actuales, le sobran diez o quince kilos. A ella esos estándares sociales le importan un pimiento. Ya hay bastantes reglas que obedecer en la vida de adulta como para autoimponerse alguna más. Además, le gusta su cuerpo de curvas generosas compatible con una buena forma física. Pero aún no se acostumbra a los nuevos modos del inspector. Antes jamás le hubiera lanzado ni medio piropo. También con respecto a ella se ha obrado un cambio desde que salió del coma. Y eso es algo que le da mucho vértigo, aunque se acerca al borde del precipicio cada vez que puede y mira de frente a sus propios miedos. Está dispuesta a vencerlos.

—¿Qué tal el fin de semana? —Paco lanza la pregunta al aire, como si fuera poco más que una fórmula de cortesía, pero está lejos de serlo y Camino lo sabe. Lo ve en el fondo de sus ojos. Curiosidad, intriga, y algo más que atisba y no acierta a descifrar. ¿Celos?

—Normal, lo de siempre —dice ella con una mueca de quitarle importancia.

—¿Saliste a bailar?

—Había campeonato de salsa en el Azúcar. Quedamos los terceros.

—No está mal. ¿Qué se cuenta Víctor?

Víctor es el compañero de baile de Camino. Hacen una pareja desigual. Él, con diez años menos, espigado y fin-

olis; ella, tosca y regordeta, muy distinta a las jóvenes esbeltas que frecuentan la academia. Pero cuando se juntan los dos, se compenentran como nadie y a menudo acaban cediéndoles el centro de la pista.

—Ha roto con su novio. Tuve que emborracharme con él después de los bailes.

—Qué coraje, lo que hay que hacer por los amigos.

—Lo que haga falta —Camino hace una seña al camarero para que traiga otros dos botellines.

—Pues se ve que os pillasteis una buena cogorza, todavía se te notan las ojeras.

—¿Cuándo vuelves al tajo? —ella cambia de asunto. Lo cierto es que se ha despertado esta mañana en la cama del *speaker* que animó la competición, un cubano mestizo de pelo afro que la hipnotizó con su forma de moverse y con los mojitos que aparecían en sus manos como por arte de magia. Desde que Paco salió del coma había dejado a un lado su parte más promiscua, y ahora se siente rara. Se ha despertado con un remordimiento absurdo y ha salido pitando del piso del cubano, que estaba preparando un desayuno al estilo de la isla y se ha quedado con un palmo de narices y el mandil puesto sobre los *slips* de superhéroe.

—Dame un respiro, anda. No hace ni dos meses que me mandaron a casa.

—Ni hablar. Vuelve ya, estoy harta de ser la jefa.

—Pues yo creo que se te da bien.

—No digas tonterías.

—De hecho, creo que deberías seguir así.

—¿Así, cómo?

—Como hasta ahora. Coordinando el Grupo de Homicidios.

Camino entorna los ojos. Deja pasar unos segundos, el tiempo de calibrar las palabras del inspector.

—¿Y tú? —dice, temiéndose la respuesta.

—Yo ya estoy viejo. Es hora de pasarme a la fila de atrás.

—Pero bueno, ¿es que esa bala que tienes ahí metida te está friendo el cerebro?

—La bala está quietecita. Y que siga así.

Camino se muerde el labio. A veces se pasa de bruta.

—Perdona. Pero ¿puedo saber a qué viene eso?

—Solo estoy pensándolo.

—Pues no lo pienses más. Te necesitamos.

Paco da un trago a su cerveza y coge la carta. Estudia el listado de raciones como si acaso no se las supiera ya de memoria.

—¿Unas puntillitas?

—Adobo —ella le mira desafiante.

—Las dos cosas.

—Tú mismo. Ya verás qué *pechá* nos vamos a pegar — Paco sabe tan bien como ella que las raciones son enormes. Pero no será Camino quien se acochine. Si quiere pedir, que pida. Y que se ponga gordo.

—Estupendo —dice él mientras llama al camarero por su nombre de pila y sonríe satisfecho. Ha logrado su objetivo: aparcar el tema.

Camino se percata demasiado tarde. Intuye que no tiene que apretarle más, pero no le ha gustado lo que ha oído. Ella cuenta los días para que Paco Arenas regrese a la Brigada y tome los mandos del Grupo de Homicidios. No es solo que a ella no se le dé bien dirigir un equipo, es que le echa muchísimo de menos. Y así, al menos tendrá la excusa de verle a diario.

—Ya se ha jubilado Teresa —deja caer como quien no quiere la cosa.

—¿Ya?

—Cumplió los sesenta y cinco la semana pasada.

—Vaya, cómo pasa el tiempo. Estaría feliz.

—Como unas castañuelas. Dice que va a dedicarse a ser abuela a tiempo completo.

—Pues tiene para entretenerse.